

EDUCACION Y CULTURA

POR

LYDIA JIMÉNEZ

Agradezco la invitación que se me ha hecho. Ella me ha permitido meditar durante unos días sobre este tema: «Educación y Cultura». A ambas trato de consagrar mi vida, y por ellas siento interés y respeto muy profundos. Intentaré manifestarles mis preocupaciones y esperanzas en este punto.

Entremos en el tema, considerando en primer lugar la:

I. GRAVÍSIMA CUESTIÓN DE LA EDUCACIÓN Y LA CULTURA. SU ÍNTIMA RELACIÓN.

«Los elementos más poderosos para formar o deformar un pueblo —dijo nuestro Balmes— son la instrucción y la educación» (1).

El filósofo pone en relación íntima, la cultura, el ser presente y futuro de un pueblo, con la escuela, con la educación, en definitiva. Ciertamente quien educa a la juventud se apodera del mañana de la sociedad, de su cultura. En una palabra, del porvenir de la humanidad... La enseñanza de la juventud es la palanca para engrandecer o arruinar una patria...

La polémica en torno a la educación nunca se sosiega... De ahí la lucha ejemplar y tenaz por la libertad de enseñanza, mantenida con éxito por los católicos de algunos países... Frente a ideologías totalitarias o pseudoliberales que desde los días de la Ilustración o de Napoleón —monopolizador de la escuela

(1) Balmes, *Obras completas*, Balmesiana, tomo XXIV, págs. 360-1.

esclavizándola al Estado—, esos católicos defendían y defienden el derecho de los padres, anterior al del Estado a educar a sus hijos, y los derechos de la Iglesia, colaborando con ellos.

En nuestra sociedad postindustrial caminamos hacia un reduccionismo aterrador. ¿En manos de quiénes está la educación y, consiguientemente, la cultura? ¿No es cierto que hemos ido cediendo a los medios de comunicación, a los políticos de turno, a demagogos nuestros derechos y deberes educativos? Hemos ido, progresivamente, cayendo en las redes de una educación unilateral, esclavizante, deshumanizada. Hemos dejado instituciones, ideas, personas, desatendidas, inermes ante esta avalancha desconcertante. No creo descubrir nada nuevo si digo que en este terreno de la educación, tan grave y trascendental estamos muy despistados los que deberíamos velar por la verdadera educación. Mientras tanto, vigilantes, con dedicación y constancia otros se apoderan de cátedras, de inspecciones, de ministerios para hacer del hombre una pieza de la sociedad, que en el mejor de los casos está destinada a una progreso y desarrollo meramente material.

Balmes tenía razón al decir que: «las sociedades, para formarse de nuevo o rejuvenecerse cuando están caducas, necesitan algo más que hombres; necesitan principios que se filtren hasta su corazón; principios que ahondando sobre ideas y costumbres, reformen al individuo y organicen la familia y la sociedad» (2).

Los amigos de la ciudad Católica queremos, a las puertas del III milenio de la venida de Cristo, redescubrir nuestra tarea en este momento grave, en que se juega el porvenir humano y cristiano de nuestra sociedad. Y como hijos de la Iglesia también escuchamos esperanzados las palabras del Sumo Pastor que, conocedor de nuestras lacras y amenazas no cesa de repetir: «No temáis». Palabras que nos recuerdan las del mismo Cristo. «No temáis, Yo he vencido al Mundo» (3).

(2) Balmes, *Obras Completas*, Balmesiana, tomo XXIII, pág. 207.

(3) San Juan, *Evangelio*, 16,33.

Tras esta breve consideración general voy a referirme a la cultura de nuestro tiempo, como expresión de las ideas, sentimientos, valores del hombre contemporáneo.

II. LA CULTURA.

La cultura, se ha dicho, es a la civilización lo que el alma al cuerpo, su aliento, su principio vital.

La cultura es la expresión del hombre integral. Es una mezcla de ideas, sentimientos, acciones, por las que «el hombre en cuanto hombre, se hace más hombre» (4). Vivimos una vida verdaderamente humana gracias a la cultura. Nos beneficiamos de ella, somos sus tributarios, pues nos permite desarrollar plenamente nuestras potencialidades humanas. Pero, sobre todo, somos sus servidores. Debemos enriquecerla con personales aportaciones.

«La cultura popular es un conjunto de principios y valores que forman el *ethos* de un pueblo. Es la fuerza que lo unifica en profundidad y lo hace madurar a lo largo de su historia —dice Menéndez Pelayo—. Muchas veces lo hace madurar al duro precio de grandes dolores colectivos. Es la raíz honda que lo unifica antes y más allá de ideologías y partidos. Forja esa unidad que hace a un pueblo grande y fuerte, y le lanza a arrojarse con fe y aliento de juventud, al torrente de los siglos» (5).

Tomando como base antológica esas definiciones de cultura, en sentido general, demos un paso más y consideremos nuestra cultura actual. De ella señalaremos los rasgos más característicos:

A) *Profundos y acelerados cambios.*

«El género humano hoy se halla en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados..., se

(4) Juan Pablo II, *Alocución a la UNESCO*, 2 de junio de 1980.

(5) Menéndez Pelayo, *Obras Completas*, tomo VI, «Historia de los Heterodoxos», epílogo, pág. 506.

puede hablar ya de una verdadera metamorfosis social y cultural que redundará también sobre la vida religiosa» (6).

1) No creo que sea preciso especificar los numerosos cambios que estamos experimentando, en el orden científico, tecnológico. En todas las circunstancias de nuestra vida nos servimos de estos avances.

2) En el orden social: relaciones humanas, que por una parte se multiplican sin cesar, y que pocas veces llegan a ser relaciones personales. Formas de vida nuevas en ciudades superpobladas. Especialización excesiva en los saberes y en el trabajo, y desempleo creciente. Cambios que afectan a la propia historia que se ve «sometida a un proceso de aceleración, que apenas es posible al hombre seguirla..., la humanidad pasa así de una concepción más bien estática de la realidad a otra dinámica y evolutiva, de donde surge un nuevo conjunto de problemas que exigen nuevos análisis y nuevas síntesis (7).

3) Cambios psicológicos, morales y religiosos. Se contestan implacablemente todas las formas tradicionales de pensar y vivir, instituciones, leyes, costumbres, principios y valores. «La negación de Dios y de la religión no constituyen, como en épocas pasadas, un hecho insólito e individual; hoy día se presentan no rara vez como exigencia del progreso científico y de un cierto humanismo nuevo» (8).

4) Nueva esclavitud.—Nunca se ha hablado tanto de libertad y nunca como hoy se es esclavo de los medios de comunicación de masas. Es casi ilimitado el poder que tienen en orden a influir en el modo de pensar de los ciudadanos, la prensa, la radio y la televisión. Disponen de técnicas refinadísimas de manipulación del hombre. Crean estados de opinión, aun en contra del sentir de sus destinatarios. Pensemos en las campañas del

(6) *Gaudium et Spes*, 4.

(7) *G. et S.*, 5.

(8) *G. et S.*, 7.

divorcio, aborto y, en definitiva, en el relativismo moral que han engendrado.

5) Desequilibrio profundo en el hombre.—Estos cambios acelerados no pueden dejar de producir un desequilibrio profundo en el hombre. El hombre es consciente de las antinomias existentes, de las contradicciones y desequilibrios, de la dificultad de sintetizar la complejidad social, pero ignora, en muchos casos, cómo armonizar y jerarquizar la compleja realidad cultural y social. «El mundo moderno aparece a la vez poderoso y débil, capaz de lo mejor y de lo peor» (9).

6) Pérdida del sentido de la existencia.—¿Qué sentido tiene la existencia humana? Unos esperan del solo esfuerzo humano la plena y verdadera liberación del hombre y de la sociedad. Otros desesperan de poder encontrar sentido a su existencia, y en medio de «las nadas», «las náuseas», el absurdo, se refugian en un pasotismo o en una contestación estéril (que no es sino la afirmación de su vida sin sentido). Otros, tarados por su materialismo práctico, ahogados por el hedonismo de nuestra sociedad no se plantean siquiera el sentido de su existencia.

«Los desequilibrios que fatigan el mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano» (10). Desequilibrio que se manifiesta en esa tremenda soledad, en el temor del hombre al propio hermano, en un sentimiento de impotencia para desarrollar su personalidad frente a la avasalladora moda imperante. Da la impresión de que el hombre está amenazado por esta cultura. ¿Sería exagerado calificar nuestra cultura actual de inhumana?

7) Falta de humanismo.—Ciertamente echamos en falta una concepción coherente del hombre. Tenemos la impresión de que se ha quitado al hombre su trascendencia, su origen y fin divinos. Percibimos en numerosas manifestaciones culturales que el hombre es considerado mero sujeto de producción de riqueza.

(9) *G. et S.*, 9.

(10) *G. et S.*, 10.

Se ha amputado al hombre, se le ha privado de lo constitutivo de su ser hombre.

Si tuviéramos tiempo me gustaría evocar antes ustedes algunas experiencias obtenidas en el contacto con jóvenes, que en el silencio de un retiro, ejercicios espirituales, en días de campamento, buscan ansiosas una solución para su vida. Detrás del pasotismo, de la búsqueda desesperada de placer, de felicidad, sueñan, entrevén una cultura que camine no por estos derroteros sino a la civilización del amor. Muchas veces de forma equivocada, ciega, pero buscan sin saberlo su ser, su dignidad divina como hijas del Padre.

8) España.—Me gustaría ahora pensar en España, en las sombras y luces que nos son propias. Voy a reducirlas a dos:

Una sombra: el peligro de desarraigarnos de toda tradición cristiana para imitar las ideas decadentes del occidente europeo. Menéndez Pelayo, conocedor de nuestra historia ya en 1910 conmemorando el primer centenario de Balmes, decía de España, pueblo «engañado mil veces por gárrulos sofistas, emprobecido y desolado, emplea las pocas fuerzas que le restan en destrozarse... hace espantosa liquidación de su pasado, escarnece a cada momento las sombras de sus progenitores, huye de todo contacto con su pensamiento, reniega de cuanto en la historia le hizo grande, arroja a los cuatro vientos su riqueza artística y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyo recuerdo tiene virtud bastante para retardar nuestra agonía...».

«Cuando no se conserva con amor la herencia del pecado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo puede improvisarlo todo menos su cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia muy próxima a la imbecilidad senil» (11).

(11) Menéndez Pelayo, *Ensayos de Crítica Filosófica*, pág. 354.

Creo que les gustará conmigo recordar esas bellísimas palabras de Vázquez de Mella que encienden el rescoldo semiapagado de nuestro ser español-cristiano: «Despierte España y escuche esa voz del pasado y se encuentre y se vea y se ame a sí misma, para sentir de nuevo correr por sus venas el raudal nunca superado de las antiguas energías» y pueda hacer «de cada corazón un ascua» y juntándolas todas formar «una hoguera, cuyas llamas tñan el horizonte con sus resplandores» (12).

Una luz: nuestro acendrado cristianismo que ha configurado nuestro ser nacional. Volvamos a oír al Papa en su primer discurso en Barajas a todos los españoles: «Vengo a encontrarme con una comunidad cristiana que se remonta a la época apostólica... objeto de los desvelos evangelizadores de San Pablo... conquistada para la fe por el fervor apostólico de los siete varones apostólicos, que propició la conversión de los pueblos visigodos en Toledo, que fue gran meta de peregrinaciones europeas a Santiago, que vivió la empresa de la Reconquista, que descubrió y evangelizó a América, que iluminó la ciencia desde Alcalá y Salamanca y la teología en Trento... vengo atraído —continúa el Papa— por una historia de fidelidad a la Iglesia, escrita en empresa apostólicas y en tan grandes figuras que renovaron la Iglesia... Esa historia, a pesar de las lagunas y errores humanos, es digna de toda admiración y aprecio. Ella debe servir de inspiración y estímulo para hallar en el momento presente las raíces profundas del ser de un pueblo...» (13).

B) *La historia nos enseña.*

Permítanme una referencia lejana en el tiempo y altamente cercana por su contenido. Quiero evocar entre los cristianos de aquellos tiempos primeros, a San Basilio el Grande, que vivió

(12) Vázquez de Mella, *Obras Completas*, tomo II, págs. 12 y siguientes y 107 y sigs.

(13) Juan Pablo II, *Saludo en Barajas*, 31 de octubre de 1982.

entre los años 329-378. Nació en Cesarea de Capadocia. Las primeras letras las aprende con su padre, ilustre retórico. Pasa después a Constantinopla para ampliar estudios y finalmente a Atenas. Es un hombre totalmente inmerso en los problemas y en la cultura de su tiempo antes y después de su conversión al cristianismo. Basilio está versado en las ramas del saber de la época: gramática, filosofía, astronomía, geometría, medicina y retórica. Los conocimientos adquiridos en sus años de formación le serán de gran utilidad para la tarea insigne que tuvo que acometer como cristiano: defensor de la ortodoxia, formador de la juventud, hombre de gobierno como Pastor en Cesarea y legislador de una parte del monacato oriental. Tiene entre sus escritos una carta dirigida a los jóvenes, una pequeña homilía. Quiere indicarles el puesto que merecen los escritos paganos clásicos en su formación. Tomando un ejemplo de la naturaleza dice: «De la misma manera que es propiedad del árbol, estar lleno de frutas, y, sin embargo, las hojas que se agitan en sus ramas le dan viscosidad y adornan, así también el fruto del alma es *la verdad esencialmente*, pero, no obstante, al verse rodeada de sabiduría profana, lejos de hacerla desabrida e ingrata, del mismo modo que las hojas del fruto le dan sombra y le proporcionan un aspecto agradable y oportuno». El estudio de la literatura pagana clásica tiene para San Basilio un valor propedéutico de preparación para el conocimiento de los misterios de Dios revelados en su Verbo (14).

Fueron incontables los que como este gran hombre supieron leer los signos de aquella cultura, decadente en parte, y sacar de entre Homero, Hesíodo, Solón, máximas morales. Estuvo abierto San Basilio a todo lo noble, a todo lo bello, a todo lo bueno de la tradición clásica.

No es posible detenernos en la historia de la formación de nuestra cultura europea, esencialmente cristiana. Todos sabemos que los benedictinos enseñaron a leer, escribir, cantar, a los pue-

(14) San Basilio el Grande, *¿Cómo leer la literatura pagana?*, prólogo, Ed. Nebli.

blos bárbaros. Mientras enseñaban a cultivar la tierra, a fabricar instrumentos para perfeccionar el trabajo del hombre, iban enseñando la verdad del Evangelio a cada persona. Configuraron el ser de Europa.

C) *Nuestra postura.*

Admitamos la realidad de nuestra cultura, anteriormente considerada. Admitamos también el reto que nos lanza. Aceptémoslo esperanzados. El Evangelio tiene virtud para renovar constantemente ésta y cualquier otra cultura porque su savia evangélica tiene fuerza para salvar y cambiar al hombre, a todo el hombre, devolviéndolo a su estado de gracia, centrándolo en Cristo. Abramos las puertas a Cristo. Las puertas de la investigación, de la cultura, de la familia, del propio corazón. La síntesis entre fe y cultura es posible porque ciencia y fe no sólo no se oponen sino que se complementan. Esta síntesis es exigencia tanto de la fe como de la cultura. Y como dice Juan Pablo II: «La fe es falsa, superficial, teórica, si no se traduce en cultura... una fe que no se haga cultura es una fe no acogida plenamente, no pensada enteramente, no vivida fielmente» (15).

La cultura científica y tecnológica en que vivimos debe estar cimentada en el pasado, «enraizada en las mejores tradiciones del pueblo, abierta a la trascendencia y basada tanto en las costumbres populares como en las más nobles realizaciones científicas y técnicas» (16).

Nadie tan valiente como el Papa. Sin miedo habla a los hombres de la cultura. No teme el progreso científico y tecnológico en sí mismo, no. Alerta a los hombres de Ciencia para que dirijan ese progreso según el designio del mismo autor del mundo y de la vida. Recordemos las palabras que hace un año nos dirigió en el Paraninfo de Derecho de la Complutense: «¡Hombres

(15) Juan Pablo II al Congreso Nacional Empeño Cultural, 16-I-82.

(16) Juan Pablo II al Congreso de Laicos, 15 de octubre de 1981.

y mujeres que representáis la ciencia y la cultura: vuestro poder moral es enorme! ¡Vosotros podéis conseguir que el sector científico sirva ante todo a la cultura del hombre y que jamás se pervierta y se utilice para su destrucción! Es un escándalo de nuestro tiempo que muchos investigadores estén dedicados a perfeccionar nuevas armas para la guerra, que un día podrían mostrarse fatales» (17).

III. LA EDUCACIÓN.

Antes de considerar en sí misma la educación, creo que debe estudiarse primero el hombre. Ocupa el centro de la cultura y de la educación. Sólo cuando hayamos entendido la esencia del hombre, podremos ver cuál debe ser la educación auténticamente humana.

La educación, en cierto modo, como el hombre, es producto de una cultura determinada; pero, tanto el hombre como el conjunto de ideas educativas deben encauzar, corregir y orientar la propia cultura.

1. El hombre: ¿qué es el hombre?

Muchas son las opiniones que se ha dado y se da sobre sí mismo. Diversas e incluso contradictorias. Exaltándose a sí mismo como regla absoluta o hundiéndose hasta la desesperación. Como consecuencia se siguen la duda y la ansiedad. «La Iglesia, dice la *Gaudium et Spes*, siente estas dificultades profundamente, y, aleccionada por la revelación divina puede dar respuesta...». El hombre ha sido *creado a imagen de Dios*, con capacidad para *conocer y amar a su Creador*. «Por Dios ha sido constituido *señor de la entera creación visible*, para *usarla*

(17) Juan Pablo II, *Universitarios Complutenses*, Madrid, 3 de noviembre de 1982.

y gobernarla glorificando a Dios». «Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por instigación del demonio, en el propio exordio de la historia, abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio destino al margen de Dios...». «Al negarse a reconocer a Dios como su principio rompe el hombre la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación, tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación...».

«Esto es lo que explica la división íntima del hombre. Toda la vida humana, la individual y la colectiva se presentan como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal... Más todavía, el hombre se siente incapaz de domeñar con eficacia por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas...».

«Pero el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándolo interiormente y expulsando al príncipe de este mundo...».

«A la luz de esta Revelación, la sublime vocación y la miseria humana que el hombre experimenta hallan simultáneamente su última explicación...» (18).

Ninguna antropología podría darnos una visión tan alta del hombre, ni explicarnos el porqué de esa íntima división, que se proyecta a la sociedad toda. Sin Cristo, centro del cosmos, de la historia, y de cada hombre, el hombre estaría casi a ciegas sobre su altísima dignidad, y aunque pudiera percibirla no podría realizarla sin la ayuda salvadora de su propio Señor. Sólo Cristo revela al hombre qué es el hombre.

Esencialmente el hombre de ayer y de hoy es el mismo. Siente el abismo de su pequeñez cuando percibe su grandeza. «En nuestros días, el género humano, admirado de sus propios descubrimientos, y de su propio poder, se formula con frecuencia preguntas angustiosas sobre la evolución presente del mundo, sobre el puesto y la misión del hombre en el universo, sobre el

(18) *Gaudium et Spes*, 12 y 13.

sentido del esfuerzo, individual y colectivo, y sobre el destino último de las cosas y de la humanidad...» (19). Sigue preguntándose sobre «el dolor, el mal, la muerte, que a pesar de tantos progresos hechos subsiste todavía... «¿Qué hay después de esta vida temporal?» (20).

2. La educación.

Una vez considerada la esencia del hombre, veremos más claramente qué alcance tiene la sencilla y acertada definición que nos dejó el P. Manjón. Educar era para él «completar hombres». «Es la persona del hombre la que hay que salvar (y educar). Es la sociedad humana la que hay que renovar. Es por consiguiente el hombre, pero el hombre todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad» (21).

a) *Educación integral*.—Es obvio. La educación del hombre no puede ser parcial, reduccionista, sin caer en una flagrante contradicción.

El Decreto del Vaticano II sobre la Educación nos dice que la auténtica educación es «la que se propone la formación de la persona humana en orden a su último fin y al bien de las sociedades de las que el hombre es miembro, y en cuyas responsabilidades participará cuando llegue a ser adulto... Los niños y los adolescentes tienen derecho a que se les estimule a apreciar con recta conciencia los valores morales y a prestarles su adhesión personal, y también a que se les incite a conocer y a amar más a Dios» (22).

b) *Que responda a las exigencias de nuestra sociedad*.—Recordando los interrogantes que hacíamos a nuestra cultura, sus

(19) *G. et S.*, 3.

(20) *G. et S.*, 10.

(21) *G. et S.*, 3.

(22) *Gravissimum educationis*, 1.

puntos oscuros, sus presiones, sus males y sus esperanzas, pensamos que la educación tiene que formar *personalidades maduras*, con iniciativa y responsabilidad, que posean *juicio crítico* para resistir a la manipulación de los medios de información y comunicación. Para hacer frente a los vertiginosos cambios de la sociedad sin doblegarse y sufrir desequilibrios, la educación ha de formar en la persona los *valores permanentes*, insistiendo en temas fundamentales, sentido de la vida y de las realidades, libertad, responsabilidad.

c) *Educación intelectual, antes que información.*—Pascal aconsejaba: «Trabajad, esforzaos por pensar bien» (23). Enseñar a pensar para descubrir la verdad, objeto del pensamiento, y que es «la realidad de las cosas» (24). «Profundizar es ahondar, rasgar sin cesar las apariencias, buscando debajo de las palabras ideas, debajo de las ideas las causas y debajo de las causas las relaciones, las leyes, los principios, y más allá de los principios un principio absoluto que unifique lo múltiple» (25). Pero teniendo en cuenta con Balmes que el entendimiento no es como «una tabla en que se trazan líneas inalterables para siempre, sino más bien un campo que se fecunda con la semilla arrojada en la escuela y que germina después» (26).

d) *Educación del corazón, enseñar a querer.*—No basta educar el pensamiento, hay que educar la voluntad y el corazón. Se olvida muchas veces el cultivo de nuestra más hermosa facultad. El corazón percibe lo divino, lo bueno, lo bello que hay en las cosas. Un corazón educado ayuda a pensar mejor, pues sólo conocemos bien lo que amamos. Las grandes ideas del hombre proceden la mayoría de las veces del corazón. La educación de la sensibilidad ayuda eficazmente a la educación de la voluntad. La voluntad no se mueve por ideas secas. Le agrandan más

(23) Pascal, *Pensées*, pág. 347.

(24) Balmes, *El Criterio*, C. 1,1, pág. 15.

(25) Charmot, *La tête bienfaite*, pág. 39.

(26) Balmes, *El Criterio*, BAC, Madrid, 1974, C. 17,1, pág. 159.

las consignas sentidas, caldeadas al calor del afecto, coloreadas por el amor... Las ideas frías sólo se convierten en acción fecunda y permanente cuando se funden al calor de una afectividad pacientemente educada. El hombre, nos dice Juan Pablo II en su primera encíclica «no puede vivir sin amor» (27).

Educación del corazón, enseñar a querer exige sacrificios al educador y al educando, pero hay que ser realista, creemos con Claudel que «la juventud no es la edad del placer, sino la edad del heroísmo». Y con el Papa afirmamos «la permisividad no hace felices a los hombres. La sociedad de consumo no hace felices a los hombres; nunca los hizo porque el hombre es y se realiza en la medida en que sabe imponerse exigencias a sí mismo» (28). Porque el hombre es generosidad y «no puede encontrar su propia identidad y plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo» (29).

e) *Educación de la libertad.*—Educar en y para la libertad bien entendida. El educando grita «ayúdame para obrar por mi cuenta». El joven exige al maestro que le eduque su libertad. Educarle para que tome decisiones por cuenta propia, ponerlo en condiciones de afrontar las emergencias de la vida.

La libertad se educa dejando un amplio margen de acción dentro de los debidos cauces. Más que camino estrecho y único es una ancha autopista por la que muchos circulan sin salirse de ella, pero cada uno por su carril. Educar la libertad es motivar con paciencia las razones que impulsan para actuar. Imponer una normativa rígida es ahogarla. Los que a fuerza de prohibiciones y normas quieren obligar a proceder con rectitud son pésimos educadores. El ideal es plena libertad y plena responsabilidad en el cumplimiento del deber.

Ustedes pensarán: ¿qué hay de esa auténtica libertad? ¿Tienen los padres educada rectamente la suya para educar la de

(27) Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, 10.

(28) A. Frossard, *No tengáis miedo*, pág. 116.

(29) *G. et S.*, 24.

sus hijos? En ese supuesto, ¿pueden con realismo optar por el tipo de educación deseado para sus hijos? ¿Tiene la Iglesia, jerarquía y laicos, el margen suficiente para educar en libertad, en la de los hijos de Dios? Estas y muchas otras preguntas sugiere el tema de la libertad educativa.

f) *Humanismo*.—En el humanismo pueden resumirse estas notas que debe tener la educación. En el verdadero humanismo que es el cristiano. Porque «el humanismo es la vida humana en su plenitud» (30). Cada individuo crece humanizándose y, por tanto, «el fin del humanismo es el hombre, el desenvolvimiento progresivo de su compleja naturaleza humana en unidad y equilibrio» (31). El humanismo pedagógico vacuna al futuro técnico o científico, lo inmuniza para que no se convierta en máquina pensante, le hace permanecer hombre libre.

Educar, como nos ha dicho el Papa, en otra clave: «para ser» y no para «tener», pues ante todo el hombre vale por lo que es y no tanto por lo que tiene.

Varias facetas: El humanismo cristiano no desatiende, antes bien, propicia las siguientes facetas, que el decreto sobre Educación del Vaticano II nos ha señalado:

— Educación cívica y política.

— Educación para la paz, ya que «las raíces de la paz son de orden natural cultural y moral... la paz es una conquista espiritual del hombre...».

— Educación religiosa, que exige madurez en la fe, en la adoración a Dios y una proyección apostólica.

— Educar para la madurez de la persona humana, haciéndola capaz de encontrar su propia vocación y seguirla.

(30) Charmot, *L'humanisme et L'humaine*, pág. 278.

(31) Charmot, *La tête bienfaite*, págs. 113 y sigs.

Y el documento conciliar concluye: «la educación tiene que lograr que la persona contribuya con todo su ser a la configuración cristiana del mundo».

3. Todos somos educadores.

Amigos de la Ciudad Católica, quería decirles algo que nos atañe a todos, aunque no a todos de igual forma: todos somos educadores, pues a todos nos compete el presente y el futuro de nuestra cultura y de nuestra sociedad. Es el momento de poner a contribución de la educación todo lo mejor que tenemos en nuestro ser. Una Ley de Educación, la LODE que entrará en vigor inmediatamente, peligrosa para la educación auténtica. Unos medios de información que manipulan ideas y comportamientos, y que pueden más que la escuela y la familia. ¿En manos de quiénes va a quedar la educación y la cultura de España?

a) En primer lugar compete a los padres. La familia es la primera escuela de virtudes cristianas, la iglesia doméstica, donde cada uno es valorado por lo que es.

b) La sociedad civil. En cuanto a ella compete lo que se refiere al bien común temporal, es educadora y tiene el derecho a la creación y dirección de escuelas y universidades, teniendo en cuenta el principio de la acción subsidiaria, y reconociendo el derecho primario de los padres a elegir con libertad real la escuela, sin imponerles directa ni indirectamente cargas injustas por esta elección.

c) La Iglesia, no sólo como sociedad humana, además porque tiene el deber de anunciar a todos los hombres el camino de la salvación. Y este deber le lleva incluso a configurar más humanamente la edificación del mundo. La Iglesia tiene derecho y deber de educar.

d) Los cristianos, en cualquier estado o situación en que nos encontremos, debemos ayudar a encontrar caminos, métodos

de educación, a formar maestros y atender con nuestros recursos a toda la labor de la escuela. A este respecto tengo experiencias preciosas; conozco a más de una maestra que además de vivir entregadas a la educación en su escuela, prestan una valiosa ayuda económica para formar a otras maestras. ¿No les parece bonita esta sencilla aportación? Esperanzador es sin duda el espíritu de Ciudad Católica. De forma original está propiciando la auténtica educación; se ocultan muchos corazones generosos, mentes preclaras, que no voy a nombrar, que se comprometen con este gravísimo tema. Realidad gozosa que entre todos debemos incrementar.

¿Qué obligaciones tenemos?

— Trabajar para que se reconozca en todas partes el derecho de todos los hombres a la educación auténtica y a la cultura.

— Conservar las estructuras de toda la persona humana frente a la dispersión que produce la especialización excesiva de la ciencia y técnica.

— Orientar el ocio para una mejor educación humana de la persona, humanizando deportes, encuentros, diversiones, competiciones culturales, propiciando la relación personal y fraterna en ellas.

— En último lugar, que merecería estar por su importancia en el primero: *ser realmente lo que somos*. Configurarlos progresivamente en Cristo. Sólo El explica la realidad íntima del hombre, ya lo hemos dicho. Pero para lograr ese crecimiento en Cristo, siendo educadores y aportando lo mejor de nuestra vida, debemos ser hombres y mujeres de *oración*.

En mi contacto con jóvenes compruebo la tremenda ignorancia en este punto. No saben rezar. No han oído hablar de Dios. Las palabras «rosario» «Santísimo Sacramento», las desconocen. Es doloroso que ocurra esto en nuestros colegios españoles, religiosos o laicos. Visitan las catedrales como piezas de museo, sin penetrar en el alma. No se enseña a rezar en familia, ni en la escuela. Se cierra al hombre la transcendencia. ¿Qué

gozo experimentan estos jóvenes cuando encuentran a Dios cerca, dentro de ellos, y le descubren como padre, amigo, hermano. Y qué gozo el mío, cuando veo nacer a un alma para la vida divina, la que le es propia como hija de Dios.

Nuestra sociedad engendra miedo, soledad. Nunca se ha sentido el hombre tan sólo en medio de multitudes, en el trabajo, en las calles, en su propia casa. No hay tiempo para hablar, para tratar y, por tanto, el hombre no tiene tiempo para entablar relaciones de auténtica amistad, que la necesita esencialmente.

¡Cuánto podemos los cristianos educadores en este punto! Podemos ofrecer la solución al hombre solitario, desamparado, tímido. El Amor se ha hecho Carne. Ya no hay soledad sino compañía. En esta realidad hemos de educar y manifestar nuestras creaciones culturales.

Centremos al joven en Cristo, acostumbremosle a tratar de amistad con quien sabe que le ama. ¿No puede ser una solución para nuestra cultura y educación actual?